

regalo de gallinas y otras viandas, haciendo decir á Cortés que aquellas provisiones son para que engorden sus soldados antes de ser sacrificados á sus dioses, y para que su carne fuese de mejor gusto, porque se proponía saborearse con ella en compañía de sus principales guerreros. Riéronse los españoles de la fanfarronada y comieron alegremente las provisiones enviadas por el arrogante tlascalteca. Una batalla y otra victoria de los españoles abatió un poco la soberbia de Xicotencal. «Los españoles, hijos del sol, decían los sacerdotes indios, deben toda su fuerza á los rayos de este astro; combatidlos de noche, y vereis cuán débiles son.» En virtud del consejo de estos magos dieron los tlascaltecas un ataque nocturno; mas como pereciesen en él millares de indios, ellos mismos comenzaron por sacrificar á sus dioses algunos de sus embusteros profetas; convenciéronse de su inferioridad, convidaron con la paz á los españoles, les ofrecieron su amistad, hizo Hernán Cortés una entrada pomposa en Tlascala (23 de setiembre, 1519), y desde entonces los tlascaltecas fueron sus mas firmes y leales aliados.

No así los de Cholula. A invitación del mismo Motezuma pasó Cortés á esta ciudad, y mientras los cholulanos festejaban á los españoles, una horrible conspiración se tramaba para caer traidoramente sobre ellos y esterminarlos. El genio tutelar de Cortés, la bella Marina, la descubre, la denuncia, y salva al

caudillo y al ejército. Cortés se dejó arrebatarse en esta ocasión de la cólera, y ordenó una matanza que no cesó sino cuando se cansaron de degollar los soldados; primer ejemplo de crueldad, que después desgraciadamente fué seguido de tantos otros.

Prosiguió Cortés su atrevida marcha á Méjico, donde el emperador, irresoluto ya y tímido, les fué dejando acercar. Grande fué la sorpresa de los españoles al encontrarse en un inmenso y delicioso país, donde se divisaba un gran lago semejante á un mar, poblado de ciudades que parecían salir del seno de las aguas. Ya no se acordaron mas de los trabajos que habían sufrido, ni pensaron sino en los tesoros que iban á recoger por término de sus afanes; y no es maravilla que exclamaran como dicen: «*esta es la tierra de promisión.*» Mayor y mas agradable fué su asombro al ver al gran emperador Motezuma salir á recibirlos, sentado en su silla de oro en hombros de cuatro principales señores del imperio, con un largo manto de finísima tela de algodón sembrado de joyas y pedrería, su corona de oro en forma de mitra y sus sandalias de oro macizo también. Cuando los mejicanos vieron á su emperador, que apenas bajaba la cabeza ante sus dioses, saludar respetuosamente al caudillo extranjero, ya no dudaron que aquellos hombres eran una especie de *teules*, que era el nombre que daban á sus divinidades. Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad (8 de noviembre, 1519), y los espa-

ñoses se quedaron absortos de verse en una población de veinte mil casas, con calles anchas y regulares, jardines, templos, plazas y mercados, circulando por ella un inmenso gentío. Hernan Cortés habia realizado su gigantesca empresa; y sin embargo ahora que se hallaba en la capital del imperio mejicano, le pareció mas difícil que nunca su destrucción.

En medio de las atenciones y agasajos de que Cortés era objeto en aquella ciudad imperial, desconfiaba de Motezuma y de su pueblo, y los avisos de los tlascaltecas que los conocian bien, le confirmaban en lo falso y arriesgado de su posición. ¿Qué seria de aquel puñado de españoles en medio de una capital populosa, si los mejicanos cortaban los puentes de la calzada y rompian los diques del lago? Llégame en esto la siniestra nueva de que un general mejicano llamado Qualpopoca habia invadido las tierras de los indios confederados, atacado la escasa guarnición española de Vera-Cruz que salió á protegerlos, muerto siete soldados y herido al gobernador Escalante; y que la cabeza de un español era paseada por los pueblos para mostrar que aquellos estrangeros no eran inmortales. Cortés se cree en el caso de tomar una resolución enérgica y decisiva, como lo eran todas las suyas, y se apodera de la persona de Motezuma á quien supone cómplice, y le lleva cautivo al cuartel de los españoles. Qualpopoca y sus capitanes

vienen á poder de Cortés, y un tribunal los condena á ser quemados vivos: la ejecución se realiza: «el crimen ha sido espiado,» le dice Cortés á Motezuma, y le manda soltar los grillos que le habia puesto.

Dueño el general español de los tesoros de Méjico, cobrándose por él los impuestos de la nación, declarado el emperador azteca feudatario del rey de Castilla, y en manos de Cortés su autoridad, parecia haberse concluido la conquista del imperio mejicano. Pero muy imperfecta en verdad hubiera sido la obra del conquistador cristiano, si se limitára á la material adquisición de un territorio. ¿Habia de tolerar que siguieran aquellos abominables sacrificios, aquellos banquetes horribles de carne humana, que los mejicanos ofrecian á sus dioses cuando tenian hambre, y que los hombres devoraban á nombre de los dioses con bárbaro placer? Propúsose Cortés abolir aquellos ritos inmundos, y hacer conocer á aquellas gentes el culto suave y humanitario del cristianismo. En el cuartel de los españoles se limpió el ara sangrienta de un templo; en lugar del dios sanguinario de la guerra se colocó la imagen de la madre del Dios de paz, y donde habia estado la tajante cuchilla del sacerdote azteca presentó el sacerdote cristiano á la adoración del pueblo la hostia pacífica y el signo de la redención de la humanidad. Pero otra vez el celo religioso puso á Cortés en trance y peligro de perder todo lo ganado, porque un pueblo sufre mejor cualquier

otro ultraje que el de que le quiten su religion. El pueblo y los sacerdotes no pudieron sufrir la profanacion de sus altares, el mismo Motezuma llamó un día á Cortés á su aposento, y con una firmeza desacostumbrada le dijo que sus dioses estaban ofendidos, y pues la mision de su monarca estaba ya cumplida, se apresurára á salir de la ciudad y del imperio. Cortés disimuló, manifestó deseos de volver á su patria, pero espuso que para verificarlo necesitaba construir algunos buques, porque su flota habia sido destruida, y pidió á Motezuma que sus súbditos le ayudáran á la construccion de las naves. A esto accedió muy gustoso el emperador, con el afan de que cuanto antes pudieran irse los españoles.

Otro objeto se proponia Cortés en la construccion de buques. Mas cuando estaba en esta faena, que entretania y dilataba todo lo posible, recibe aviso de que Pámfilo de Narvaez, teniente de Velazquez el gobernador de Cuba, ha desembarcado en la costa mejicana con mil cuatrocientos hombres, con la comision de despojarle de su conquista, de hacerle prisionero y de llevarle á Cuba para ser juzgado. Jamás Hernan Cortés se habia visto en mayor conflicto y apuro. ¿Abandonará y perderá á Méjico por salir á combatir un ejército español tres veces mas numeroso que el suyo? ¿Esperará en la ciudad la llegada de Narvaez, para tener dos terribles enemigos, uno dentro y otro fuera? Cortés opta como siempre por la resolucion mas

audaz: encomienda la guarda de Méjico á su teniente Pedro de Alvarado con solos ochenta españoles, le deja las instrucciones á que ha de arreglar su conducta, pónese de acuerdo con Sandoval, el nuevo gobernador de Vera-Cruz, y sale con doscientos cincuenta hombres al encuentro de Narvaez; le sorprende en una noche tempestuosa y lóbrega en Zempoala, le ataca, le hace prisionero, únense al vencedor las mismas tropas del vencido, y Cortés dá la vuelta á Méjico á la cabeza de mil trescientos soldados, cien caballos, diez y ocho cañones y dos mil tlascaltecas.

A su regreso encuentra la populosa capital insurreccionada, y á Alvarado y sus pocos españoles estrechados por los insurrectos. Cortés ni desmaya ni vacila; penetra en la ciudad, y se empeñan los mas vivos y encarnizados combates. Compréndese mejor que se esplica, cuán horrorosa y trágica seria la pelea de muchos dias, entre una inmensa poblacion arrebatada de furia y unos soldados luchando á la desesperada. Motezuma se ve comprometido á servir de mediador entre la ciudad y los españoles, para ver de atajar tanta sangre; accede, aunque con recelo, á presentarse revestido de las insignias imperiales y de toda la pompa y atributos del poder. Su recelo era bien fundado: al querer arengar á su pueblo para ver de calmar la sedicion, cae mortalmente herido por una lluvia de flechas y piedras lanzadas por sus mismos súbditos, y sucumbe á poco tiempo (30 de junio, 1520.)

Embargó al pronto á los mejicanos el estupor y el asombro de lo que acababan de ejecutar; mas pronto se recobran, proclaman emperador á Quetlavaca, hermano de Motezuma, y se renueva con mas fuerza el ataque del cuartel español. La sangre corre á torrentes por las calles, á nadie se perdona la vida, Cortés mismo se ve en mil personales riesgos, pero sin abandonarle nunca su carácter magnánimo; reconoce al fin la necesidad de retirarse de aquella poblacion infernal, y aprovecha para ello la oscuridad de una noche y la lluvia que caia en abundancia. ¿Mas por dónde huirá, si los indios le cortan las calzadas del lago?

Y así fué por desgracia. No solo habian hecho hasta siete zanjas en la calzada de Tacuba que Cortés eligió para la retirada, sino que el lago se hallaba cubierto de millares de canoas, desde las cuales lanzaban espesas granizadas de flechas y dardos sobre los fugitivos y apiñados españoles y tlascaltecas. A fuerza de prodigios y luchando con la muerte, iban ganando los trozos de calzada de cortadura en cortadura. Muchos perecian en las olas, salvábanse otros á nado, caian otros acribillados de flechas, los gritos eran horribles, la mortandad espantosa, Alvarado, Ordaz, todos hicieron maravillas de valor, Cortés se mostró mas que nunca heróico, y cuando ganaron la tierra firme, angustióse el valeroso caudillo al ver que habian perecido dos mil tlascaltecas, doscientos

españoles y cuarenta y seis caballos. Quedóle á aquella noche el nombre de noche de la desolacion, y el de *Noche Triste* (1.º de julio, 1520).

No pararon aqui los trabajos. Al sexto dia de caminar por inmensas soledades con increíbles privaciones y padecimientos, sorprende á los españoles el espectáculo de cuarenta mil guerreros indios que los aguardaban en el valle de Otumba. ¿Qué hará Hernán Cortés en este nuevo trance? Vencer ó morir es su resolucion; arenga á sus soldados; el ejemplo y la palabra de su general los vigoriza, y rompen todos sembrando la muerte por aquellas formidables masas. Divisa Cortés con su ojo de águila el estandarte imperial, en cuya pérdida ó conservacion sabe que cifran los mejicanos el símbolo de la muerte del imperio; rodéase de sus mas intrépidos capitanes, acomete con ellos y arrolla á los que custodiaban la imperial enseña, da la muerte al general mejicano que la empuñaba, se apodera del estandarte, los indios que lo ven huyen despavoridos, hace en ellos una horrible matanza, recoge su botin y sus tesoros, y se va á descansar á la ciudad amiga de Tlascala, donde es esmeradamente cuidado de las heridas que ha recibido en la gloriosa batalla de Otumba (8 de julio de 1520).

Una nueva feliz viene allí á aumentar sus esperanzas y la alegría de su último triunfo. Tres navíos de España cargados de municiones y soldados han

arribado por casualidad al puerto de Vera-Cruz, cuyo gobernador ha determinado á sus capitanes á incorporarse á las tropas de Cortés. Con este refuerzo el ejército conquistador se vuelve á encontrar tan numeroso como á su entrada en Méjico. Cortés se siente capaz de emprender de nuevo la conquista, y sus amigos los tlascaltecas le facilitan un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Habia muerto en Méjico el nuevo emperador, y ocupaba el trono imperial el jóven Guatimocin, pariente de Motezuma, que no carecia de valor ni de prevision, y congregando cuanta gente de guerra pudo, se preparó á hacer á los españoles una resistencia desesperada. Cortés no se arredra por eso, y emprende su marcha. Al llegar á las cercanías de Tezcuco, previene y frustra una conspiracion del cacique para aniquilar toda la hueste española. Conoce que no podrá apoderarse de Méjico sin algunos buques de guerra que oponer á las canoas de los indios; da principio á la obra de construccion, y en pocos dias y como por encanto aparece armada una escuadrilla de trece bergantines. Con su auxilio va sometiendo las provincias y poblaciones inmediatas á la capital, y haciendo alianza con sus tribus, y esta defeccion pone en cuidado á Guatimocin. Al tiempo de atacar la ciudad descubre otra conspiracion de sus propios soldados, partidarios todavía algunos de ellos de Velazquez, que se proponian nada menos que ase-

sinar á su general. Cortés hace ahorcar al principal de los conjurados, llamado Antonio de Villafañe, encuentra la lista de los demas conspiradores, disimula, los tranquiliza con mucha política, y le siguen todos al ataque.

Amaestrado Cortés con el desastre de la *Noche Triste*, dispone convenientemente su tropa y sus buque para poder marchar por las calzadas, y combatir los millares de piraguas indias que llenaban el lago. Su artillería derrama el espanto y la muerte en los indios de las canoas, y Cortés penetra el primero hasta el corazon de la ciudad, hasta el templo en que habia dejado plantada la cruz, ya reemplazada otra vez por el dios de la guerra de los aztecas. Pero se vé obligado á retroceder, furiosamente atacado por los mejicanos. Los combates se renuevan y repiten con bárbaro furor, con lastimosa matanza de hombres y lamentable destruccion de edificios. Cortés corrió en esta ocasion los mayores peligros personales. Los españoles se retiran y vuelven á acometer; son rechazados y tornan á pelear con la misma furia: por espacio de muchos dias se combate sangrienta y encarnizadamente y sin descanso, en tierra y en agua, en la ciudad, en las calzadas y en la laguna. Recibe Cortés numerosísimos refuerzos de las ciudades amigas, y bloquea la capital hasta hacerle sentir el hambre. Pero deseando poner pronto término á tan funesta guerra, dispone un asalto general por tres pun-

tos: él es quien mas avanza salvando zanjas y trincheras; pero suena en el sagrado templo la trompa de Guatimocin, y vomitando las calles innumerables bandas de frenéticos indios, seis vigorosos guerreros se abalanzan hácia el general español, y le derriban herido al suelo; el capitán Olea le salva de la muerte matando dos de aquellos feroces indios, y á costa de caer él moribundo al lado de su gefe. Cortés y sus españoles se retiran con no poca pérdida, venciendo mil dificultades y peligros.

Una noche observaron los españoles desde su campamento una procesion que se celebraba en la ciudad: entre las filas de los sacerdotes divisaron varios de sus compatriotas prisioneros que conducian desnudos á sacrificarlos al dios de la guerra segun su costumbre, y á que hiciesen despues sabroso manjar de sus carnes los feroces caníbales del átrio del templo. Tan horrendo espectáculo heló de estupor á unos, y encendió en rabia y en desesperacion á otros. Los indios confederados intentan abandonar á los españoles, porque los sacerdotes mejicanos les han enviado á decir que el terrible *Huitzilopochtli*, su ofendida deidad, aplacado con aquellas víctimas, ha vuelto á tomar bajo su amparo á los aztecas, y dentro de ocho dias perecerian todos los españoles. Esta fatídica prediccion fué la que salvó al impertérrito Cortés: «*aguardad, les dijo, estemos sin pelear ocho dias, y yo os convenceré de la impostura de esos oráculos.*» El convenio

se acepta, trascurrir el plazo, los españoles viven, los oráculos quedan desmentidos, y los indios aliados se apresuran á incorporarse con fiadanza á Cortés, avergonzados de su credulidad.

Penetran otra vez los españoles y aliados en la poblacion, acosada ya de los horrores del hambre y de la sed, derriban edificios, incendian templos, degüellan sin conmiseracion; y Guatimocin, que no ha querido escuchar proposiciones de paz, determina fugarse para hacer la guerra desde la calzada del Norte. Sandoval, que manda la flotilla española en el lago, advierte que le cruzan muchas canoas atestadas de gente. García Holguin, que conducia el buque mas velero, persigue una de ellas en que le pareció que iban personajes de cuenta: al mandar apuntar á sus ballesteros le gritan que no descargue: «*Yo soy Guatimocin, exclamó un jóven guerrero; llevadme á vuestro general, solo os pido que no toqueis á mi esposa y á los que me acompañan.*» La nueva de la captura de Guatimocin cunde rápidamente entre los mejicanos, que yertos de estupor cesan en el combate. Hernán Cortés y los españoles quedan apoderados de Méjico (13 de agosto, 1521), despues de un sitio de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor, y por los horribles padecimientos de sitiados y sitiadores.

Los dias siguientes á la rendicion se invirtieron en limpiar la ciudad de los montones de cadáveres que

la infectaban, en presenciar la marcha de los que habían quedado vivos, aunque estenuados del hambre, en hacer procesiones religiosas, en celebrar banquetes, en solemnizar de mil maneras el triunfo, y en repartirse las riquezas que encontraron. Como estas no correspondieran á las esperanzas de los españoles, prorumpieron en quejas y murmuraciones, y pidieron en tumulto que les fueran entregados Guatimocin y su ministro para obligarlos á declarar donde habían escondido sus tesoros. Cuéntase que puestos á tormento sobre unas parrillas, bajo las cuales había fuego vivo, como el ministro lanzára un grito de dolor mirando á su soberano: «*Y yo, esclamó Guatimocin, ¿gestoy acaso en algun lecho de rosas?*» Cortés mandó suspender el suplicio del emperador, pero retirósele del brasero para conducirle en el mas miserable estado á una prision, de donde se le sacó á los tres años para ahorcarle en compañía de otros dos caciques, con pretesto ó motivo de ser fautores de una conjuración.

A la rendición de la capital no tardó en seguir la sumision de las provincias de aquel vasto imperio. El natural amor á la libertad sugirió á los mejicanos muchas conspiraciones y tentativas para sacudir el yugo de sus dominadores; mas todas eran reprimidas, y no hacian sino acarrear venganzas terribles y crueldades con que muchas veces los opresores se deshonoraron. Aun así, la caída del imperio de los aztecas fué grandemente beneficiosa á la humanidad, y aun á ellos

mismos: aunque mas civilizados que otros indios, no dejaban de ser feroces y brutales, vivian en la esclavitud, y sus bárbaros y abominables sacrificios, y sus horrendos banquetes de carne humana, eran sobrados motivos para que la humanidad se felicitára de la conquista. La empresa llevada á cabo por Hernán Cortés y un puñado de valientes españoles, «*fué dice un ilustrado y moderno historiador americano, como empresa militar, poco menos que milagrosa, demasiado sorprendente é inverosímil aun para una novela, y sin ejemplo en las páginas de la historia.*»

¿Recibió el conquistador todo el premio que merecía su hazañosa empresa? Perseguido por el envidioso y rencoroso Velazquez, y calumniado en la corte de España, muchas veces vió menospreciada su gloria y sus ricos presentes. Sobre tener que luchar constantemente con las ambiciones de sus lugartenientes, el mismo Carlos V. sospechó de su lealtad, y le hizo circundar de espías, á cuyas demostraciones de injusta desconfianza correspondia Cortés con nuevos servicios. Hizo reedificar la populosa ciudad de Méjico que había quedado lastimosamente destruida, y la pobló de fabricantes y artesanos, de animales y plantas de España. Sus continuos disgustos le podrán disculpar en gran parte de la crueldad que muchas veces empleó en la conversion forzosa de los indios á la religion y al culto cristiano.

Lejos de seguir las instigaciones de los que le

aconsejaban que se proclamara independiente, prefirió venir á España á dar esplicaciones de su conducta al emperador Carlos V. (1528). Este monarca pareció penetrarse del mérito é importancia de sus servicios, le recibió con mucha distincion, le colmó de elogios, y le hizo caballero del hábito de Santiago y marqués del Valle de Guaxaca (1529). Mas con pretexto de dividir convenientemente la autoridad, nombró un virey para Nueva España, conservándole á él el mando militar y la facultad de continuar y estender las conquistas. De vuelta á Méjico se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad y la envidia de los miembros de la audiencia. Para evitar mas disgustos y no sentir tanto la decadencia de su poder, equipó una flota considerable, y partió á hacer descubrimientos en el gran mar del Sur, y descubrió la gran península de la California, y reconoció una parte del golfo que la separa de Nueva España (1536).

Obligado á regresar á Méjico á causa de las disensiones y rivalidades que seguian agitando el pais, volvió á probar las mismas pesadumbres de parte de sus émulos. Cansado de tanta injusticia y de luchar con adversarios tan indignos de él, determinó volver á España, contando con que seria al menos atendido de su monarca como la vez primera. Mas sus ilusiones comenzaron á disiparse pronto al ver el frio recibimiento que se le hizo en la córte (1540). No le sirvió seguir á Carlos V. y combatir como voluntario en su famosa

expedicion á Argel. Este nuevo servicio no fué mejor pagado que los anteriores; antes bien, con haber perdido en esta guerra, de que luego habremos de hablar, joyas de gran valor, ni aun siquiera se le indemnizó de los 300,000 escudos que habia gastado en su expedicion á California. Llegó á no poder conseguir una audiencia de su soberano. Tratado por el emperador Carlos V. con el mismo desden y con la misma ingratitud que Cristóbal Colon por Fernando el Católico, un dia aguardó el carruage del emperador, y se abalanzó sobre el estribo: *¿Quién sois vos?* le preguntó el monarca.—*Yo soy,* contestó Hernan Cortés con entereza, *un hombre que os ha ganado mas provincias que ciudades heredasteis de vuestros padres y abuelos.* Esta noble y altiva respuesta, que encierra una nueva leccion tan sublime como triste, fué la última venganza del gran conquistador.

Mas no por eso mejoró su posicion y su suerte. Lleno de sinsabores y poseido de melancolía, abandonó la córte y se retiró á una soledad cerca de Sevilla. Allí murió en Castilleja de la Cuesta, como otro Gonzalo de Córdoba, á la edad de 63 años (2 de diciembre, 1547), siendo un nuevo y desconsolador ejemplo de la ingratitud de los reyes.

Y no eran estas solas las conquistas con que se agrandaban en el Nuevo Mundo los dominios del afortunado monarca español, que era al propio tiempo en el Mundo Antigo el mas poderoso de los sobera-